

diadas por los bárbaros; pero en Atenas cambió la situación. El célebre historiador de aquel tiempo, Publio Herenio Dexipo, que era también militar eminente y hombre de Estado distinguido y práctico, reunió en la parte montuosa del país un cuerpo de patriotas voluntarios compuesto de labradores, habitantes de la ciudad, estudiantes y algunos soldados hasta el número de 2,000 individuos. Con estos hizo la guerra de montaña y de sorpresas á los bárbaros, aproximándose á Atenas y causando muchas bajas á los invasores, hasta que al fin logró expulsarlos de aquella ciudad y del Atica, quizás con la cooperación de la escuadra romana que mandada por el almirante Cleodamos acudió desde el Bósforo persiguiendo á los buques enemigos. Galieno en persona salió de Italia á la primera noticia, y marchó á toda prisa con el general Marciano y las fuerzas disponibles á Macedonia. Los germanos, perdidos sus buques y mucha gente, pero reforzados con esclavos fugitivos y desertores, se dirigieron en su acostumbrada ignorancia al Norte para volver á encontrar el Danubio. Al pasar por la Macedonia les sorprendió Galieno junto al río Nesto, donde los destrozó horriblemente, y los habría ani-



Moneda de cobre de Zenobia, acuñada en Alejandría de Egipto, con la inscripción: CEIITIMIA ZHNOBIA CEB

quilado del todo á no haber recibido la noticia de que el hasta entonces fidelísimo y distinguido general de caballería Aureolo se había sublevado también. En efecto, Aureolo, proclamado emperador en la Alta Italia, marchaba sobre Roma, cuya pérdida equivalía al destronamiento de Galieno. No habiendo tiempo que perder, dejó Galieno á Marciano con una parte del ejército el encargo de expulsar á los godos de la península, mientras él se dirigía á grandes jornadas á Italia.

Marciano cumplió su encargo, y mientras estuvo con sus tropas en la frontera del Danubio se puso en comunicación con Claudio, gobernador general de aquellas provincias, y ambos se convencieron de que la vencida expedición de los bárbaros no había sido en el fondo más que una especie de reconocimiento en grande escala, y de que en el país enemigo, principalmente entre el Don y el Danubio, una inmensa avalancha de pueblos no aguardaba más que la ocasión favorable para arrojarse sobre el imperio y establecerse en él. Quizás convinieron entonces también estos dos generales eminentes en que Galieno no era el hombre á propósito para hacer frente á semejante peligro.

Llegado que hubo á Italia Galieno, encontró á su competidor Aureolo á orillas del Adda, entre Bérgamo y Milan, en el sitio que desde entonces se llamó *Pons Aureoli* (Pontirolo) en recuerdo de aquel encuentro. El usurpador fué derrotado, pero pudo refugiarse en Milan. Galieno le sitió, y durante el invierno y la primavera del año siguiente 268 reunió en su campamento á sus mejores generales, principalmente á Aureliano, Marciano y Claudio, el cual se estableció en Pavia. Estos generales, cuando se vieron reunidos y se enteraron de la invasión germánica que amenazaba, se pusieron de acuerdo, por indicación de Aureliano y del prefecto de la guardia pretoriana Heracliano, y convinieron en que para la salvación del imperio era indispensable, atendida la inminencia de una invasión de proporciones extraor-

dinarias, la muerte de Galieno, reemplazándole por otro más capaz. En este concepto fué elegido Claudio, que también estaba muy bien visto del Senado.

Claudio, por sus grandes dotes militares, su honradez y demás cualidades excelentes, había sido elevado ya por el emperador Valeriano á altos puestos, y después había servido con felices resultados á Galieno, el cual le había tenido siempre grandes consideraciones, á pesar de que Claudio había desaprobado con franqueza militar su conducta. Desde el año 265 estaba encargado, como lo había estado ya en tiempo de Valeriano, del mando en jefe de toda la provincia ilírica. Era rígido é inexorable en cuestiones de moral, y al propio tiempo modesto, justo y personalmente simpático; pero lo que más decidió su elección fué su actividad incansable en el cumplimiento de su deber y su energía sin rival. Parece que estaba muy distante de desear la púrpura imperial, y aunque opinaba como los demás generales que la caída de Galieno era indispensable, no tomó parte en la ejecución de las medidas propuestas. La intención de los conjurados era deshacerse de Galieno después de la toma de Milan; mas como se divulgara el proyecto hasta el punto de llegar á oídos de Aureolo, encerrado en la plaza, resolvieron no perder más tiempo. Algunas noches antes del 24 de marzo del año 268 se tocó generala en el campamento, y Heracliano corrió á decir al emperador que Aureolo hacía una salida con fuerzas numerosas. Al instante montó Galieno á caballo sin esperar á ponerse la coraza, y en la oscuridad y entre la muchedumbre le mató un jefe dalmata de caballería llamado Cecropio. La indignación de la tropa fué grande, y no menor su deseo de aprovechar el triste suceso para sacar de él algunos beneficios. Poco faltó para que los soldados mataran á los conjurados; pero todo lo salvó la habilidad de Marciano, que repartió un gran donativo, y la proclamación de Claudio hizo el resto. Claudio, tan luego como recibió la noticia de lo sucedido, salió de Pavia y se presentó en el campamento para hacerse reconocer por las legiones.

CAPITULO III

LOS EMPERADORES ILIRIOS Y LA RESTAURACION DEL IMPERIO

El entusiasmo fué inmenso en Roma cuando en 24 de marzo del año 268 llegó la carta en la cual el nuevo emperador Claudio II participaba al Senado su elevación. Todo el mundo conocía el patriotismo acendrado, la energía y el heroísmo de aquel hombre, cuyas cualidades infundían las más halagüeñas esperanzas. Los enemigos de Galieno, siempre recelosos del Senado como de todo el mundo, desahogaron su rencor matando á los parientes y servidores del difunto y cometiendo atrocidades con las personas de los funcionarios de hacienda; pero Claudio intervino rápida y enérgicamente, reprimió tan vergonzosos excesos y hasta consiguió la divinización de Galieno. El nuevo emperador rechazó las proposiciones de arreglo que le hizo Aureolo, el cual fué muerto por la tropa no se sabe si á consecuencia de una nueva lucha ó después de haberse entregado voluntariamente; la orden de matarle se atribuyó al general Aureliano con el asentimiento del nuevo emperador, que personalmente no deseaba la muerte de su competidor (1).

(1) Los datos respecto de estos detalles son muy confusos. Según un autor, se dió la batalla del Adda en ocasión de la salida de Aureolo de Milan, mandando las tropas de Galieno el general Claudio. Lo cierto es que Aureolo encontró su solitaria tumba cerca de Pontirolo. El dato que hace alcanzar á Claudio una gran victoria sobre una hueste almana junto al lago de Garda, antes de ir á Roma, merece poca confianza.

Claudio, decidido á cumplir su misión titánica de restaurar el imperio con toda su asombrosa energía y claro entendimiento, se trasladó en el verano de 268 á Roma para empezar desde allí la reorganización interior del imperio, la abolición de muchísimos abusos, el restablecimiento de la administración imperial de la justicia, y la persecución y castigo de los jueces venales, todo con una energía que no saben elogiar bastante los historiadores. En medio de esta actividad administrativa no pudo menos de fijar su atención en la reorganización del ramo de guerra, que se hallaba en un estado de confusión deplorable, ni podía tampoco perder de vista la política extranjera, siendo lo más urgente armarse contra el inmenso peligro que de parte de los godos amenazaba á las provincias centrales del imperio. Los asuntos de Este y de la Galia, es decir, de Zenobia y de Tétrico, quedaron aplazados para más adelante.

Es probable que la avalancha goda empezara á moverse hacia el Mediodía en el año 268, ó cuando menos en la primavera del año siguiente. Los hérulos y godos al moverse hacia adelante fueron seguidos por innumerables grupos y tribus getas, sármatas y germánicas, como los gépidos y otras masas godas más distantes; de suerte que toda aquella humanidad bravía en movimiento, se componía aproximadamente de 320,000 hombres, además de las mujeres, los niños y los esclavos. Esta gran masa se dirigió desde el Dniester, parte por tierra, parte por el mar Negro, en dos mil embarcaciones, á la península balcánica, donde no encontró ya las circunstancias que había hallado antes, porque el espíritu del gran Claudio alentaba como salútfiera brisa todo el imperio. Las poblaciones, reanimadas, prestaron al gobierno romano su concurso personal en la defensa del país, cosa muy necesaria, porque el ejército había padecido espantosamente en las largas guerras interiores y exteriores, y por efecto de la peste, que desde tantos años antes se estaba cebando en todas partes. Además, era imposible llenar los cuadros con la rapidez que las circunstancias reclamaban, porque las provincias más expuestas á la invasión eran también las más castigadas y despobladas por la epidemia; y por otra parte, urgía no menos reponer el material de guerra, que por la penuria, las luchas y el descuido de Galieno se había gastado. Estos trabajos retuvieron al emperador forzosamente en Italia, teniendo que limitarse por lo pronto á socorrer á las provincias amenazadas con oficiales, jefes é ingenieros militares de confianza. Estos produjeron admirable resultado porque organizaron y dirigieron la defensa de las ciudades, que en todas partes rechazaron á los bárbaros cuando llegaron, y así su empresa acabó para ellos muy tristemente.

Las fortalezas de Tomi y Marcianópolis resistieron en la primavera del año 269 la primera embestida y la rechazaron victoriosamente. Allí se dividió la avalancha bárbara, y una parte principal se derramó por la Mesia, pugnando por abrirse camino al Mediodía al través de los Balcanes y asolando al mismo tiempo el país. Los grandes generales del emperador, su distinguido hermano Quintilo y el hábil Aureliano, con las tropas romanas de Tracia é Iliria acudieron presurosos á impedirles el paso, y llegaron á verse en tan apurada situación que esperaban contando los días la llegada del nuevo ejército, que con esfuerzos infinitos estaba Claudio reuniendo en la Alta Italia y en la Iliria.

Entre tanto, otra parte de los bárbaros se dirigió en sus embarcaciones también al Mediodía. Estos á su entrada en el Bósforo sufrieron grandes pérdidas por las corrientes marítimas y las tempestades; su ataque contra Cicico fué rechazado, y entonces se dirigió la expedición á la costa meridional de la Tracia y la Macedonia, donde se efectuó el desembarco. Después, mientras varias bandas se derramaban por la Tracia,

la masa principal embistió primero la plaza de Casándrea y después á Tesalónica, y otra parte continuó en sus buques el derrotero al Sur para saquear las costas de la Grecia. Contra todo lo que acostumbraban los bárbaros, continuaron tenazmente cercando á Tesalónica, cuya situación era ya apuradísima cuando llegó á última hora el ansiado auxilio.

Claudio, al ver la situación angustiosa de la península balcánica, no quiso retardar más su marcha, si bien no tenía su nuevo ejército tan preparado para la guerra como él hubiera querido. Se puso, pues, en camino; siguió el curso del Drave hasta su embocadura en el Danubio y subió por la cuenca del Morava, para cortar á los godos la retirada y apoderarse de una excelente base de operaciones, comunicándose con la Mesia y el Mediodía é interponiéndose entre los invasores de la Mesia y los de la Macedonia. Supo luego que los godos, á consecuencia de la aproximación del nuevo ejército, habían desistido de sus ataques á Tesalónica y reunido sus masas para dirigirse por la cuenca del Axio hacia el Norte, y entonces operó para darles la batalla, no en los difíciles pasos de las comarcas septentrionales de Tracia y



Moneda de bronce del emperador Claudio Gótico con la inscripción: IMP(erator) CLAVDIVS P(ius) FELIX AVG(ustus)

Macedonia, sino en el territorio favorable de la Mesia, donde podía emplear con ventaja su excelente caballería. Efectivamente, cerca de Naiso (hoy Nich), en la cuenca superior del Morava, se encontraron frente á frente, en la segunda mitad del año 269, los romanos y el grueso de los godos. La lucha fué sangrientísima, pero al fin ganó la táctica del emperador, perdiendo los godos cincuenta mil de los suyos. Esta victoria valió al emperador el sobrenombre honorífico de *el Gótico* y aseguró la existencia del imperio hasta la derrota de Valente, cerca de Adrianópolis, en el siglo siguiente.

Claudio se apresuró á aprovechar su victoria para impedir que el resto de los invasores volviera á su país, á cuyo fin hizo ocupar con fuerzas suficientes los desfiladeros de los Balcanes, y arrojó paso á paso á los bárbaros, parte á las fragosidades de aquellos montes y otra parte hacia Rodope. En estas operaciones los romanos sufrieron una notable derrota que permitió á una parte de los godos evadirse hacia el Norte; pero la masa principal de los invasores cayó prisionera ó fué exterminada en la península balcánica por las armas romanas, las privaciones y la peste. Los prisioneros, unos fueron vendidos como esclavos en los mercados y el resto alistado en el ejército ó empleado como colonos siervos en los trabajos agrícolas.

Los bárbaros que habían seguido en sus embarcaciones atacaron inútilmente muchas ciudades marítimas, lo cual no impidió á los griegos celebrar las fiestas olímpicas que correspondían cabalmente á aquel año. Los godos, atacados quizá también por los buques de guerra romanos, se dirigieron al Este intentando desembarcos y saqueos en las islas de Creta, Rodas, Chipre y en Pamfília; pero en todas partes fueron rechazados victoriosamente por las ciudades marítimas. En estas circunstancias, Probo, el bizarro gobernador general del Egipto, encargado especialmente de proteger este país contra toda tentativa de la reina de Palmira, llegó con una escuadra romana y obligó á los bárbaros en una serie de combates victoriosos á dirigirse otra vez al Norte. Llegaron en efecto al mar Negro, terriblemente diezmados

por sus perseguidores, el hambre y la peste, en la primavera del año 270; y allí todavía se creyeron bastante fuertes para intentar un ataque á la ciudad marítima de Anquialo, en la Tracia; pero también fueron rechazados, y el resto superviviente hubo de llevar á su país la triste noticia del fatal éxito de su grande empresa.

La noticia del ataque á la plaza de Anquialo no encontró al eminente emperador Claudio entre los vivos. Corto y tempestuoso fué su reinado. Despues de su gran victoria sobre los godos, dióle un pasajero disgusto un imbécil motin de tropa en Bolonia, en el cual los soldados obligaron al anciano consular Censorino á admitir la púrpura y le mataron siete dias despues. Pero lo que no dejó descansar al emperador fué un nuevo ataque peligroso de pueblos germánicos, conocidos entonces con el nombre de yutungos, á quienes muchos autores modernos creen idénticos á los semnones de la rama sueva, y que desde mediados del siglo III se habian movido desde el Este hasta cerca de los alamanos, con los cuales se fundieron mas adelante. En el tiempo de que hablamos, al principio del año 270, este pueblo unido con los cuados y algunas tribus sármatas amenazó la línea del Danubio, desde Viena hasta el rio Gran en Hungría. Para hacer frente á este nuevo peligro acudió Claudio y estableció su cuartel general en Sirmio, mientras su hermano Quintilo reunía un ejército cerca de Aquileya para proteger la Italia de un ataque á retaguardia del emperador. El valiente Aureliano, general en jefe de todas las fuerzas de la Iliria, fué enviado al Norte de la Panonia, donde operó contra los godos con buen éxito. Pero entonces la peste que diezmaba á los godos y romanos, penetró también en el cuartel general del emperador, y en el mes de marzo del año 270 arrebató del mundo al gran Claudio, el héroe intachable, que fué llorado por el ejército y por los pueblos. Las grandiosas honras fúnebres que el Senado dedicó al difunto no impidieron que estallara al instante una nueva contienda de pretendientes al trono. El Senado y el ejército de Aquileya, este último estimulado por un oportuno donativo, se apresuraron á proclamar al hermano de Claudio, el muy distinguido Quintilo; pero las legiones de Iliria prefirieron á Aureliano, uno de los dos generales mas famosos que el imperio á la sazón tenía, y lo proclamaron emperador. No hubo lucha entre los dos competidores, y se presume con fundamento que también esta vez hubo un acuerdo entre los caudillos principales. Ello es que se decidieron por Aureliano y determinaron al ejército de Italia á abandonar á su candidato, del cual no se sabe si se suicidó, como es lo mas probable, ó si murió á manos de sus soldados. Su reinado efímero duró segun unos solo tres semanas, y segun otros, cuya opinion tiene mayor probabilidad, varios meses; lo cierto es que en agosto del mismo año era único emperador Claudio Lucio Domicio Aureliano.

Este segundo emperador ilirio cumplía años en 9 de setiembre, sin que pueda fijarse con exactitud el año de su nacimiento, que segun las mayores probabilidades fué el 214; tampoco se sabe de fijo quiénes eran sus padres, ni en qué condiciones nació, siendo lo mas probable también que fuera hijo de colonos establecidos en una aldea cerca de Sirmio. De formas atléticas, de una robustez y salud casi indestructibles, habia nacido para soldado y habia hecho carrera en tiempos tan tempestuosos en el ejército, habiendo llegado á ser un héroe popular por su fuerza física asombrosa, su valor personal y su aptitud para la guerra. Los soldados en sus rudas canciones celebraban sus hazañas, y cuando fué jefe, sus compañeros, para distinguirlo de otro del mismo nombre, le pusieron el apodo de «mano á la espada.» Siendo hijo del pueblo, cuyas miserias y penas le

eran familiares, procuró cuando jefe y despues siendo emperador proteger constantemente al pueblo contra las demasías de la tropa, manteniendo la disciplina con gran rigor y hasta con nimiedad espantosa. Una vez ausente de su cuerpo, escribió á su suplente: «Si quieres ser jefe, y mas que esto, si quieres quedar con vida, mantén la disciplina; que nadie robe una gallina, ni un huevo, ni arranque un racimo ni pise un sembrado; que no pida sal, ni leña. Cada uno se ha de contentar con su ración respectiva. El soldado se ha de enriquecer con el botin tomado al enemigo y no con las lágrimas del ciudadano. El armamento debe estar limpio, el hierro siempre reluciente y el calzado debe conservarse fuerte. El soldado ha de ir siempre aseado; ha de guardar su sueldo en el cinturón y no gastarlo en la taberna; ha de limpiar el animal de carga y no vender su ración de pienso. El que caiga enfermo, ha de ser asistido gratis por el médico, y no debe malgastar su dinero sirviéndose de curanderos charlatanes. Que todos se porten con decencia en los alojamientos; el que arme pendencia será castigado con palos.» Como oficial y como emperador fué Aureliano siempre admirado por el ejército, pero también temido por su rigor inexorable y hasta espantoso; baste decir que para castigar á un soldado que habia deshonrado á la esposa de su patron, hizo doblar dos árboles y atar al extremo de cada uno una pierna del soldado, el cual al soltar los árboles fué partido en dos trozos: castigo horroroso, pero el único remedio para hacer prevalecer la disciplina en un ejército como el romano de aquella época, acostumbrado á continuas matanzas y á todos los desenfrenos.

Aureliano se habia distinguido ya como jefe á las órdenes de Póstumo en la campaña contra los francos, y despues, á las órdenes del general Ulpio Crinito, en el Danubio contra los godos, lo cual le valió que Valeriano, que á la sazón, en 258, se encontraba en Bizancio, le hiciera nombrar cónsul y determinara á su general Ulpio Crinito á adoptarle por hijo. De su carrera posterior ya hemos hablado en varias ocasiones. Era Aureliano el hombre á propósito para cumplir su mision histórica de impedir con mano de hierro el desmoronamiento del gigantesco edificio del romano imperio y de trabarlos sólidamente de nuevo. Era un gran capitán casi sin rival, y al propio tiempo hombre de Estado notable, con tacto sutil para conocer y no traspasar los límites prudentes; pero dentro de estos límites no hacia nada á medias. No era amable, su trato era seco y hasta duro, su conversacion breve y en ocasiones áspera, como suelen ser muchas grandes figuras históricas que cumplen misiones difíciles. Como hijo de aldeanos, criado en el campo y despues en el ejército, no habia podido adquirir una gran educacion científica ni literaria ni gustos refinados, y sus recreos eran los del aldeano y del soldado, buena mesa y chocarrerías de bufones; debilidades que bien pueden disimularse á una figura tan grande como la de Aureliano. Prescindiendo de datos de valor muy dudoso, parece que si en ocasiones se mostró cruelísimo é inexorable, fué únicamente cuando el bien general, la existencia y porvenir del imperio y demás circunstancias lo hacian necesario. Así impuso respeto á todo el mundo; pero si todos le miraban con temor y respeto, también le querían sinceramente, porque todo el mundo veía al través de su rigor y aspereza una benevolencia paternal y un sincero deseo de procurar el bien del imperio y de los pueblos.

Cuando fué proclamado no pudo trasladarse á Roma y tuvo que continuar la campaña contra los yutungos, á los cuales logró humillar hasta que solicitaron la paz. Propusieron el restablecimiento del estado anterior, es decir, que el imperio les volviese á pagar los subsidios anuales que antes

les daba; pero el emperador contestó á la embajada de una manera tan categórica y amenazadora que aquellos bárbaros renunciaron á sus pretensiones, contentándose con la paz pura y simple. Entonces fué cuando Aureliano pasó á Roma, y entonces también, probablemente, concluyeron el reinado y la vida de su competidor Quintilo, apoyado por el Senado.

Este apoyo, el carácter duro y áspero de Aureliano y lo difícil de la situación, motivaron la frialdad que reinó desde un principio entre el emperador y el Senado, cuyas pretensiones eran un estorbo para la rapidez y eficacia de las medidas salvadoras que requería el estado deplorable del imperio y de la política exterior, que no permitían al jefe del Estado ningun descanso. Los pueblos germánicos continuaban moviéndose inquietos, y masas de vándalos y nuevas tribus godas mientras Aureliano estaba en Roma pasaron la frontera de Panonia. Aureliano se vió precisado á trasladarse á su país para rechazarlas, lo cual consiguió con una victoria que le costó cara, pero que obligó á los germanos á reparar durante la noche siguiente el Danubio y solicitar desde allí la paz. Aureliano, libre y victorioso de aquellas tribus, se convenció, no obstante, de que era menester hacer un gran sacrificio para impedir que el imperio se desangrara por aquel lado en continuas luchas, por grandes y repetidas que fuesen las victorias que alcanzase. Entonces tomó una resolución heroica que salvó al imperio por mucho tiempo, y fué la de renunciar completamente y para siempre á las provincias dacias, abandonándolas á los pueblos godos. Era un sacrificio dolorosísimo el abandono de la gloriosa obra de Trajano y de las minas de oro de la Transilvania; pero este sacrificio se habia hecho necesario, porque el imperio ya no estaba en situación de hacer los esfuerzos que la conservación de la Transilvania y de consiguientemente la de toda la Dacia requerían. Innumerables tribus germánicas y otras pugnaban desde la Moravia hasta el Rin por penetrar en el imperio, y este se encontraba realmente en la situación de un inmenso campamento fortificado, asediado sin interrupción por todas partes. Con el sacrificio de la Dacia consiguió Aureliano que los godos, aun despues de rehechos de las terribles pérdidas del año 269, tardaran todo un siglo en volver á atacar el imperio de una manera sensible. Abandonando á los bárbaros la Dacia no les abandonó, sin embargo, ni los romanos establecidos en el país ni los habitantes romanizados. Al mandar la evacuación de todas las plazas fuertes, ordenó también la traslación de los habitantes y su establecimiento al Sur del Danubio, en los dilatados terrenos despoblados por las guerras y la peste; y para que no se perdiera ni el nombre de la Dacia, formó dos nuevas divisiones territoriales, una entre la Mesia Alta y Baja, á la cual llamó Dacia Ripuaria, con su capital Ratiaria, y la otra al Sur de ésta, dándole el nombre de Dacia Interior ó Dardania, cuya capital era Serdica, hoy Sofia. Muchas familias habian emigrado ya en tiempo de Galieno, y muchas debieron de quedar allí, pues de otro modo no se hablaría hoy en aquel país una lengua neo-latina. Esto ha dado lugar á discusiones apasionadas sobre la pretension de los rumanos, actuales habitantes de aquellas comarcas, que se dicen descendientes de los antiguos romanos. Sobre esta cuestion tendremos ocasion de decir algo mas adelante.

Mientras Aureliano dirigía á orillas del Danubio la evacuación de la Dacia, la traslación de los habitantes y su establecimiento en la margen derecha de aquel rio, los yutungos, unidos á los alamanos, habian renovado sus ataques y penetrado en la Retia y la Nórlica en direccion de Italia. El emperador envió una gran parte de su ejército contra los invasores, que habian pasado ya los Alpes y devastaban la Italia del Norte del lado de Milan; y él acudió despues con

las demás fuerzas, entre las cuales habia contingentes de caballería vándala. Mas cuando quiso atacar á los invasores en el distrito de Placencia, cayeron estos de noche y por sorpresa sobre el ejército romano y le causaron una terrible derrota. La noticia de este descalabro sembró el espanto en Roma y casi suscitó una sublevación. La situación era crítica, y solo cuando en enero del año 271 se consultaron los libros sibilinos y se hicieron los sacrificios de costumbre en semejantes ocasiones, se empezó á tranquilizar el pueblo. Mas hizo sin embargo por su tranquilidad Aureliano, el cual en una serie de combates causó terribles destrozos á los bárbaros principalmente en Fano, en Umbría, y por último cerca de Pavia, donde los invasores quedaron casi completamente exterminados.

Conjurado este peligro, pasó el emperador á Roma, donde aterrizó á todo el mundo con el rigor con que castigó los desórdenes ocurridos con motivo de la derrota nocturna cerca de Placencia, sin tener consideración á clases ni categorías.

Desde que se hizo patente que los Alpes y los Apeninos no bastaban ya para resguardar á la Italia y á Roma de los bárbaros, fué menester pensar en proteger por lo menos á la capital contra sus ataques; y Aureliano concibió la idea de trasformarla en plaza fuerte. La antigua muralla de Servio Tulio hacia siglos que no tenia utilidad ninguna, porque fuera de ella se habian formado en el trascurso del tiempo barrios nuevos, y arrabales mas allá de estos barrios. La capital en semejantes condiciones habria necesitado todo un ejército para protegerla contra una invasión súbita de los germanos ó contra un golpe de mano de un usurpador atrevido, dos peligros que habian llegado á ser muy frecuentes. Fortificándola, podia ser defendida fácilmente por la guarnición, contando con las tropas acantonadas en las inmediaciones y con el concurso de los habitantes hasta la llegada de auxilio. En su consecuencia Aureliano construyó una nueva muralla en un perímetro de 12,345 pasos romanos, comprendiendo el trecho correspondiente al rio, y resultando la superficie cercada igual á 1,396 hectáreas y media. Esta muralla tenia 52 piés de altura; no estaba precedida de foso porque seguía las laderas de las colinas, quedando en el interior el monte Pincio, el collado de los jardines, el antiguo castillo de los pretorianos y la pirámide de Cestio. Fué construida con mucha rapidez, pero con todo no pudo estar concluida sino en el año 276, en el reinado de Probo. Esta muralla, que todavía hoy constituye en su mayor parte el recinto de Roma, está construida de ladrillo y ofrece en su ejecución, segun personas peritas, señales evidentes de la decadencia ya existente en esta clase de obras comparándola con trabajos anteriores de esta clase. No es de una sola masa sino que se compone de dos muros paralelos unidos entre sí por una bóveda semicircular; de suerte que entre uno y otro se formaba un corredor desde el cual la tropa podia tirar flechas á los sitiadores por troneras practicadas al efecto en el muro exterior. Desde el interior de la ciudad entrábase en el corredor por varios arcos, y por las escaleras que conducían á la parte superior de las torres, que estaban construidas de trecho en trecho, llegábase también á la parte alta de la muralla, que era almenada. Las puertas eran abovedadas y estaban flanqueadas cada una de dos torres que encima de la puerta se comunicaban entre sí por una especie de puente. Los arrabales quedaron fuera del recinto á pesar de ser muy populosos, especialmente los de la orilla derecha del Tíber. Antes de la peste y de las guerras interiores ya la población de Roma se habia disminuido, porque en el año 74 de nuestra era media el perímetro de la ciudad, sin contar los arrabales, 13,200 pasos.